

Dibujo a pluma, por Eduardo Secchi

## ARQUITECTURA RURAL

**E**N países de civilización reciente como el nuestro, la arquitectura característica ha debido conservarse tan sólo en la parte rural de algunas zonas ya que la urbana, pasando por el trance inevitable de las etapas imitativas, se ha transformado siguiendo las tendencias de países más adelantados.

Las provincias centrales de Chile, tan favorecidas de sol, conservan hermosos ejemplos de esa arquitectura que, si bien es cierto no podría llamarse «chilena» propiamente tal, porque es una derivación de la española, tiene un fuerte rasgo característico, criollo. En esa arquitectura simple, destacada la mayoría de las veces sobre un fondo de cordillera, se observa un principio de solución sencilla y racional que, aunque no significa una revelación de formas desconocidas ni de algo en absoluto diferente de lo llamado «colonial», impresiona por su libre y segura belleza habiendo elementos como el corredor, el patio, el oratorio, por ejemplo, que constituyen un valor estético apreciable. Y es que esta belleza no es producto de rebuscamiento ni de combinaciones arbitrarias; es el resultado de un plan orgánicamente desarrollado, es la representación sensible de una función, principio de toda arquitectura verdadera, independiente de la decoración y el ornamento.

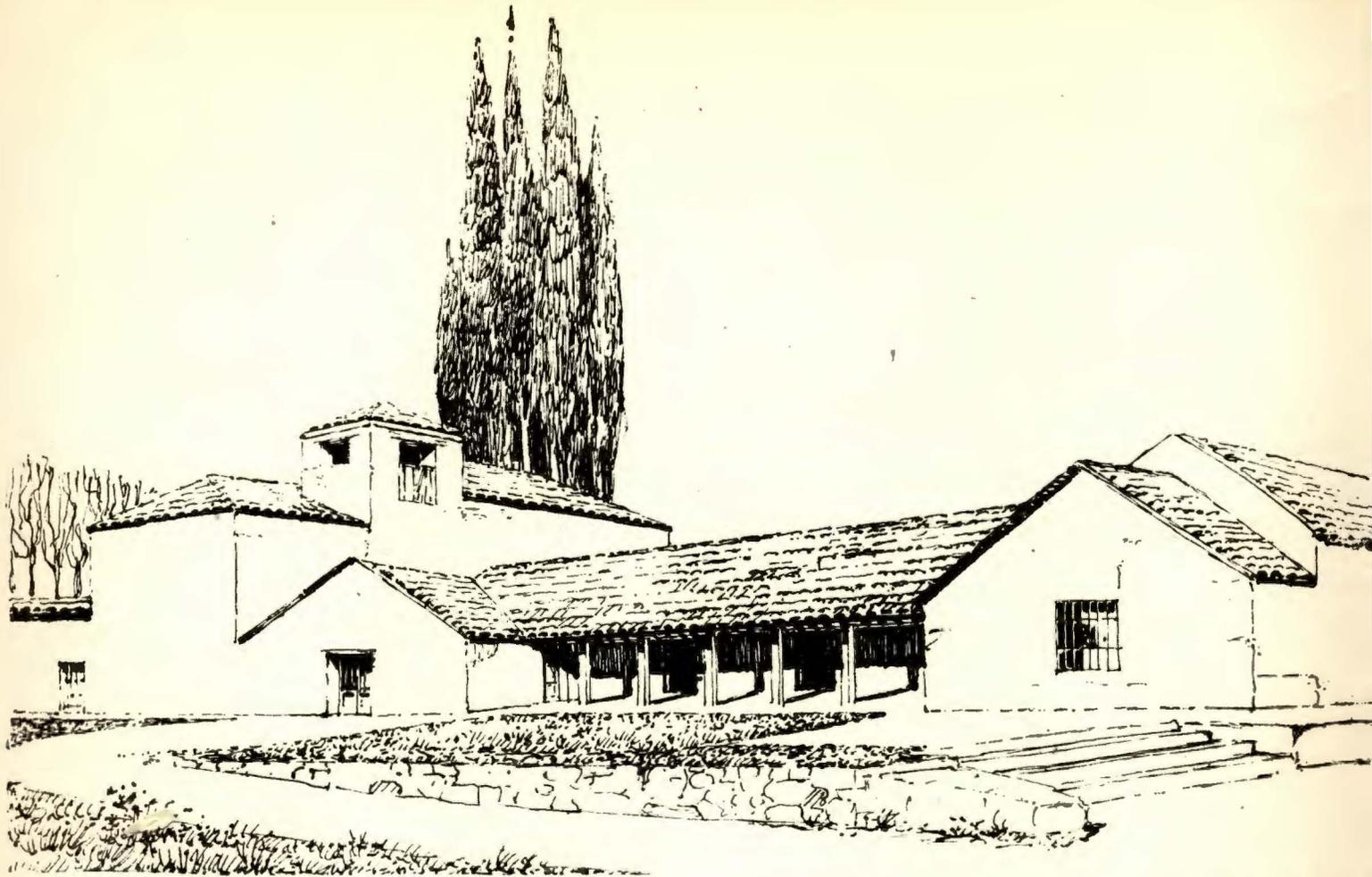
Cuando en nuestra tierra la carencia de concepto arquitectónico hubo traído como consecuencia la falta de simplicidad, entonces, por extraña oposición, vimos en la construcción campesina el honrado equilibrio y percibimos la significación de esa serenidad, magnífica expresión de reposo, que de ella emerge. Es por eso que merece nuestro fervor, pues aparece incontaminada, aislada, podríamos decir, de la pretensión de los estilos transplantados y del virtuosismo arquitectural de estos últimos decenios.

En su mayor parte, los arquitectos de la generación anterior tuvieron para con esta arquitectura de que hablamos una actitud que nos parecería inexplicable si no fuera que sabemos cuán precario ha sido nuestro ambiente en valores aptos para un mejor juzgar; unos, mirándola con pobre simpatía teñida de romanticismo; otros, con desprecio de eruditos declarando «esto no es arquitectura»; y todos atrapando el motivo ornamental de una reja, el recorte de una viga, el perfil de un cimacio, para fabricar el «colonial» muy de moda en aquellos días.

Este tono superficial, esta falsa manera de ver, se ha sintetizado también en el esfuerzo de hacer arquitectura chilena, sustituyendo en una composición de orden clásico francés el laurel por el copihue, o decorando un arquitrave toscano con motivos incaicos; basta con enunciarlo solamente para medir la puerilidad de semejante intento. Todo esto es signo de la desorientación que ha predominado hasta ahora y que ha producido el hecho de aplicar las tendencias venidas de fuera, y lo poco tradicional que existe, no en lo que tienen de constructivo y duradero sino en lo que de pasajero representan.

Como prolongación de este estado de cosas se cree posible clasificar la arquitectura de hoy como un capricho más, llamándola «modernista», palabra que encierra la significación de transitorio, de «moda» más exactamente, y darle así el alcance de un «Art nouveau» o un «Luis XVI». La ingeniería nos ha dado una técnica completa, resultado de cálculo exacto y de precisa economía, que permite a la función constructiva alcanzar una perfección de la



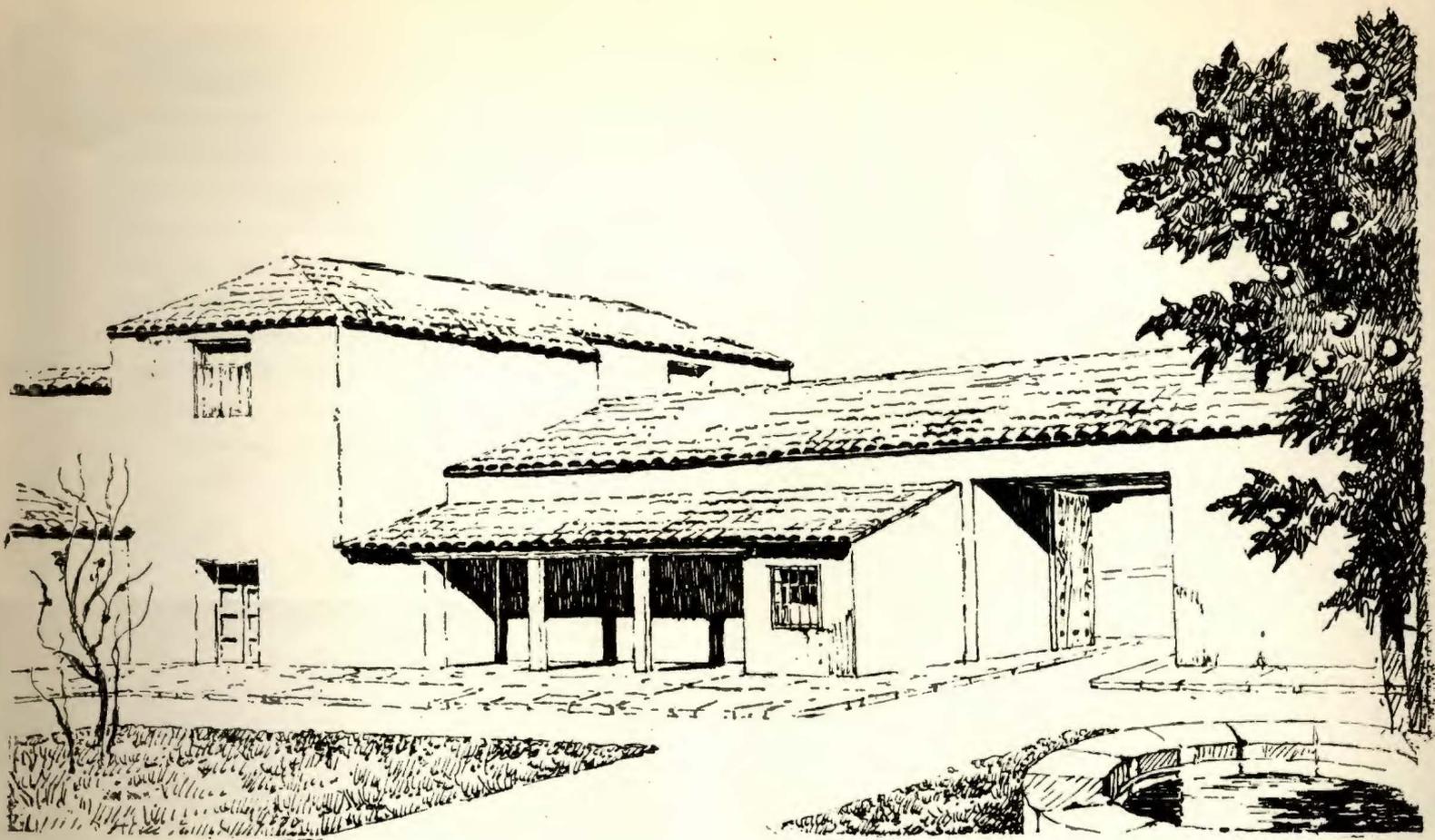


Dibujo a pluma, por Eduardo Secchi

cual se había carecido hasta principios de este siglo; tenemos una base de arquitectura esencialmente nueva y no una modificación de anteriores sistemas; así, estamos en un sector casi definitivo, histórico, lejos de las incertidumbres de los periodos de transición. Por eso el momento arquitectónico de hoy no puede hermanarse, como se pretende, con los vecinos «Art-nouveau» o «Luis XVI», etapas secundarias entre las grandes culminaciones, sino con los distantes, góticos y clásicos. En este sentido, parece cumplirse la profecía de Augusto Schmarsow que predice para el siglo XX un florecimiento de la arquitectura comparable por su trascendencia al que tuvo en la Edad Media. No es lo de hoy variación del ayer inmediato, es algo profundamente diverso y si hay una relación entre la arquitectura contemporánea y las arqueológicas, ese nexo es la idea de funcionalismo, eje y centro de toda realización de esta especie. Esta evidencia nos muestra el desvío fundamental de clasificar la arquitectura de nuestro tiempo, dentro del «modernismo» superficial, como lo es mirar su «chilenidad» desde un ángulo meramente decorativo.

Y es que se habla de «modernismo» como se habla de «chilenidad» sin comprender ni lo uno ni lo otro porque la referencia va a lo externo sentimental, a la apariencia, sin adentrar en lo profundo perdurable, en la esencia misma de los elementos que forman una arquitectura y de donde nace su carácter.

El presente nos ha dado la perfección técnica que acaso muchos siglos de ruda gestación prepararon, y los problemas de la arquitectura, científicamente considerados, enfilan a solucio-



Dibujo a pluma, por Eduardo Secchi

nes óptimas gracias a esta circunstancia; se domina la técnica pero queda el otro aspecto por resolver: convertir ese dominio de la técnica, en facultad creadora. Y es aquí donde nos encontramos con toda la indigencia de contenido de nuestras construcciones de los últimos años, tan sólo algunos intentos de la gente nueva logran penetrar la sana inspiración de la arquitectura de hoy, los más la desfiguran.

Frente a este hecho, el sentido vital de nuestra viviendas rurales aparece animado de una significación intensa, porque vemos en su plástica un sentido actual, un sello de autenticidad que desde entonces se había perdido y que sólo ahora se empieza a recuperar. En su pureza arcaica, se filtra ese algo de genuino que muy sutil asoma, algo hondo, entrañable que, para aquellos espíritus que sepan captarlo, cristaliza en depurada geometría, fenómeno semejante al milagro de la música española contemporánea que convierte el elemento popular en refinada expresión.

Libre la vista de toda pretensión urbana, la mirada descansa en esas casas, capillas y graneros, coordinación admirable de muros calizos y tejados morenos en la estructura del paisaje, que muchos llaman despectivamente «casas viejas»; viejas, verdad, y, sin embargo, con la claridad y la armonía de la intención nueva, por cuya virtud nos sentimos emocionados ante ellas como ante el prodigio de la arquitectura de hoy inspirada también por la sencillez y la lógica.

Eduardo Secchi.